

Lecturas

Un himno a la inteligencia

Misericordias y esplendores del trabajo, el gran poema a la vida moderna de Alain de Botton



JOSÉ LUIS GARCÍA MARTÍN

Con una cita del «Canto a los oficios», de **Walt Whitman**, comienza **Alain de Botton** un fascinante ensayo que tiene tanto de novedosa indagación sociológica como de poema épico. Podría haber comenzado igualmente con los versos de la «Oda marítima», de **Fernando Pessoa**: «A solas conmigo, en el muelle desierto, esta mañana de verano, / miro hacia la barra, miro hacia lo Indefinido, / miro y me alegra ver, / pequeño, negro y claro, un trasatlántico que entra».

Un buque, «The Goddess of the Sea», entra en el puerto de Londres. Como Fernando Pessoa, Alain de Botton nos hace conscientes de toda la magia y el misterio que hay en ese hecho aparentemente trivial: «Solo el recorrido del buque ya es impresionante. Hace tres semanas que partió de Yokohama y, desde entonces, ha hecho escala en Yokkaichi, Censen, Bombay, Estambul, Casablanca y Róterdam. Hace apenas unos días, mientras la lluvia caía sobre las naves industriales de Tilbury, el buque comenzó su ascenso en el mar Rojo bajo el sol implacable mientras una familia de cigüeñas de Yibuti lo sobrevolaba en círculo. Las grúas de acero que ahora se mueven sobre el casco se deshacen de un cargamento heterogéneo de hornos de convección, zapatillas deportivas, calculadoras, fluorescentes, anacardos y animales de juguetes de vivos colores. Las cajas de limones de Marruecos acabarán en las estanterías de las tiendas del centro de Londres al caer la tarde. Al amanecer habrá en York televisores nuevos».

El más trivial de los objetos cotidianos lleva tras sí una historia que nos asombraría escuchar. Cualquier supermercado resulta, para el que sabe mirar y ver más allá de lo que aparece a primera vista, una edición ilustrada de las mil y una noches. Tras un «Made in Pakistan», **Miguel d'Ors** —en un poema memorable— trató de imaginarse las manos que lo habían hecho posible: «¿A quién pertenecéis, manos menesterosas?, / ¿qué vida estaba tras vosotras, qué / ilusiones, qué rostros, / qué penas y qué nombres?. ¿qué puñado / de monedas ilusas / contasteis un minuto después de haber cerrado / este envoltorio?». Una camisa «comprada en las rebajas» le sirve para descubrir que «todas las vidas son una misma Vida».

Alain de Botton habla de lo mismo, pero con una perspectiva distinta. Lo que a él le interesa subrayar es lo que hay de creatividad, belleza e inteligencia (no de explotación de trabajadores cercanos o remotos) en todo aquello que solemos aceptar como un mal necesario: los grises almacenes de las afueras de las ciudades, las torres del tendido eléctrico, los lugares donde se almacenan los desechos industriales.

En contra del tópico habitual, se atreve a hablarlos de la «brumadora belleza, sin alma e impecable, que caracteriza a muchos de los centros de trabajo del mundo moderno». Por ejemplo, los veinticinco inmensos almacenes, que situado junto a tres autopistas principales, «están a cuatro horas por carretera del ochenta por ciento del Reino Unido, y todas las semanas, principalmente por la noche, distribuyen una parte muy considerable de los materiales de construcción, artículos de papelería, alimentos, muebles y ordenadores suministrados en el país». En lo alto, con vista a seis carriles de autopista, hay un local al que acuden los camioneros que acaban de descargar o están esperando para recoger la mercancía: «Quien sienta desagrado por la vida domésti-

ca encontrará consuelo en esta cafetería embalsada y brillantemente iluminada, que huele a patatas fritas y gasolina, ya que da la reconfortante sensación de ser un lugar en el que todo el mundo está de paso y, por lo tanto, no existe el ambiente de unión o convivencia que pondría en evidencia de forma humillante la propia alienación». Los lugares de paso —un sociólogo habló de «no lugares» y ese impropio término sigue en uso— no son un mal menor, una de las nefastas consecuencias del mundo moderno, sino un logro de la inteligencia.

Hasta las Maldivas viaja Alain de Botton, acompañado de un fotógrafo, para seguir hacia atrás el viaje de unos filetes de atún fresco que encuentra amontonados en una estantería. Al leer esa crónica ilustrada, recordamos las novelas de aventuras del siglo XIX, como cuando nos habla de los barcos que entran y salen en el puerto. Pero para resultar apasionante no necesita ir muy lejos ni alentar el ensueño de aventura que hay en todos los sedentarios. Uno de los capítulos nos lleva a las oficinas centrales en Europa de una de las más importantes empresas de auditoría del mundo, situadas en un transparente bloque de oficinas cerca de la Torre de Londres, al otro lado del Támesis. Pocos oficios más prosaicos, pocas páginas más iluminadoras y apasionantes.



Misericordias y esplendores del trabajo

Alain de Botton
Traducción de Alfonso Bargaño Viana
Lumen. Barcelona, 2011.

En el gran poema de la vida moderna que es **Misericordias y esplendores del trabajo** hay lugar para el costumbrismo y el humor, como en «Emprendedores», visita a una convención donde los que tienen ideas para nuevos negocios acuden en busca de financiación. También acierta a darles una sorprendente vuelta de tuerca a los tópicos clásicos, como el de las ruinas. Un error al tomar la salida de una autopista le conduce, no a su residencia en Los Ángeles, sino en dirección sudeste, hacia el desierto de Mojave. Extraviado, ha de pasar la noche en un motel. Cuando va a dar una vuelta por la ciudad cercana, se encuentra con un aeropuerto en el que aparece que acaba de aterrizar una gran flota internacional. Al acercarse, ve que a unos les falta el morro, a otros el fuselaje posterior. Aquellos aviones que se estaban desintegrando le parecen el equivalente moderno de lo que «el Coliseo de Roma debió de ser para el joven Edward Gibbon».

Misericordias y esplendores del trabajo —las fotografías de **Richard Baker** no constituyen un mero adorno— nos enseña a ver el mundo de otra manera. No solo las catedrales y los objetos que guardan los museos son dignos de admiración: «Los pasillos de un supermercado medio contienen veinte mil productos, de los cuales cuatro mil son refrigerados y deben reemplazarse cada tres días; los restantes dieciséis mil hay que reponerlos cada dos semanas». Cuánta inteligencia, cuánto esfuerzo, qué prodigiosa organización es necesaria simplemente para que, sin darle importancia, carguemos el carro de la compra con esta fruta que se nos apetece, aquel queso parmesano, esos filetes de atún fresco «pescado con sedal en las Maldivas».

La brújula

EUGENIO FUENTES

1

Constatación brutal del presente

Javier Avilés
Libros del Silencio
176 páginas
15 euros



Apocalipsis es el nombre del mundo

«Escribir es un fraude ya que todo está dicho o todo puede decirse o todo texto es igualmente probable. Queda sólo la vanidad del autor», ha afirmado **Javier Avilés** (1962), autor de esta novela inclassificable —fantástica y realista—, en

la que le da la vuelta a todo —espacio, tiempo, memoria, identidad, autoría—, incluso a la historia que narra y que, desde ella misma, desmiente. Un escenario apocalíptico y claustrofóbico para una realidad inenarrable forjada con maestría.

2

Diez pequeños indios

Sherman Alexie
Xordica
288 páginas
22 euros



Bienvenidos con humor a la reserva

El estadounidense **Sherman Alexie** (1966) está considerado el cabeza de fila del «renacimiento amerindio». Quienes, en los 90, tuvieron la suerte de acceder a los relatos de **La pelea celestial del Llanero Solitario** y **Toro** entraron en

un desconocido mundo de crudo realismo: la vida cotidiana del indio spokane, atrapado entre el alcohol, las drogas y la reserva. El mismo mundo que, tras pasado de fino humor, recrea Alexie en las historias de **Diez pequeños indios**.

3

Markéta Lazarová

Vladislav Vancura
Contraseña
216 páginas
17,90 euros



La vanguardia del castillo sangriento

El vanguardista **Vladislav Vancura** (1891-1942) fue una figura prominente de las letras checas de entreguerras, junto a **Capek** o **Seifert**. En **Markéta Lazarová**, Vancura, descendiente de una familia noble que en los siglos medievales

salteaba caminos, intenta un logro experimento: recrear la historia de sus antecesores en una narración de castillos, batallas y bandidos que no es en sí una novela histórica sino una sutil parodia que descompone y reverencia un mundo perdido.

4

Vanina Vanini

Stendhal
Periférica
78 páginas
11 euros



El corazón al filo del escalpelo

Stendhal (1783-1842) tenía 46 años cuando se publicó **Vanina Vanini**, relato largo de amor y de revolución nacionalista. La relación de una joven princesa con un carbonario es, además de una obra maestra, el pórtico que anuncia tí-

tulos como **El rojo y el negro** o **La cartuja de Parma**. **Vanina Vanini** es fiel plasmación de la confesión stendhaliana que **Manuel Arranz** trae al prólogo: «Escribir otra cosa que no sea el análisis del corazón humano me aburre».